



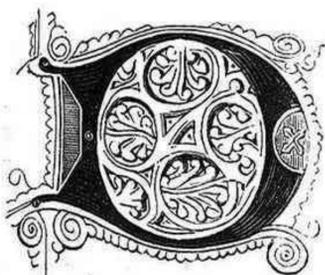
NÚM. 15. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos à 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID, 8 DE ABRIL DE 1860.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 pesos.

AÑO IV.

REVISTA DE LA SEMANA.



Después de firmados los preliminares de paz con el príncipe del Algarbe, y cuando la prensa política se entregaba á la polémica sobre las ventajas ó desventajas del tratado, y unos hacían presentir una crisis total del gabinete y

otros pronosticaban tan solo un eclipse parcial como el que los sabios de Europa se disponen á observar en el mes de junio, ha venido á sorprender á todos y á suspender la polémica los cálculos y los pronósticos el suceso mas estupendo y al parecer el desatino mas absurdo que ha podido llevarse á cabo en esta época de estupendos sucesos y de absurdos desatinos.

Había en las Baleares un capitán general llamado don Jaime Ortega, jóven militar conocido por su fortuna y su rápida elevacion desde 1843, el cual tenía en Palma de Mallorca, capital de las islas unos tres mil hombres bajo su mando. Una mañana dió orden á las tropas para estar preparadas á marchar; las embarcó en cinco vapores y con ellas hizo rumbo á las costas de España bajo el pretexto de cumplir una comision del gobierno. Llegaron los buques á la vista de Vinaroz y pidieron raciones: pero luego sin tomarlas variaron de direccion y pasaron á San Carlos de la Rápita. Allí el general Ortega desembarcó su gente y ocupó á Amposta, en cuya fonda mandó disponer una mesa de diez cubiertos. ¿Qué trataba de hacer el capitán general de las Baleares con estas tropas desembarcadas en la costa de Cataluña? La diligencia que se dirigia á Barcelona, al pasar por Amposta se detuvo á mudar tiro; se apeó de ella un brigadier, y habiéndole visto el general Ortega le preguntó si no ocurría alguna novedad en Valencia ó Zaragoza, y le dijo que estaba allí de orden del gobierno. El brigadier, después de manifestar á Ortega que no ocurría novedad ninguna, siguió su camino en la diligencia y llevó á Barcelona la noticia de lo que pasaba. Ninguna comision ni orden había dado el

gobierno al general Ortega, de lo cual se dedujo desde luego que este general se había sublevado. Un parte del alcalde de la Rápita vino á confirmar esta deduccion anunciando que el general Ortega con otras cuatro personas mas que le acompañaban proclamaba á Carlos VI constitucional.

Pero no es esto lo mas asombroso y sorprendente del hecho: lo grande, lo inaudito es que segun resulta de los partes oficiales, el general Ortega para dar un paso tan arriesgado y lanzarse a una insurreccion tamaña, no contó con una sola persona de las que iban á sus órdenes, á excepcion de los cuatro misteriosos personajes que le rodeaban. Así fue que apenas las tropas se convencieron de que habían sido engañadas, se volvieron contra el general y sus cuatro socios, los cuales huyeron, dice el parte oficial, á uña de caballo. La tropa toda pasó al arrabal de Tortosa y los oficiales se alojaron en la ciudad, donde esperan la resolucion del gobierno. Ortega con los cuatro acompañantes, uno de ellos antiguo coronel carlista, muy conocedor del pais, pasó por la Cenia, sin duda con el objeto de internarse en el Maestrazgo.

Tenemos, pues, un capitán general, un príncipe de la milicia, colocado por el gobierno en un puesto importante de confianza, y que debía halagar su ambicion, abandonando su puesto, desertando de sus filas, y pretendiendo cambiar todo un orden de cosas en el país con tres mil hombres cuyas opiniones no solo no conoce, ni siquiera ha explorado, sino que tiene motivos para suponer que le serian contrarias. ¿Cómo puede explicarse un acto semejante?

La tranquilidad no se ha alterado en todo el país: ¿pero habría planes para alterarla y secundar el movimiento de Ortega? Dejamos á los diarios políticos á quienes incumbe el exámen de esta cuestion: de todas maneras el proyecto carlista, fuese el que fuera y tuviese las ramificaciones que se quieran, ha fracasado completamente; y no eran buenos profetas los que hace pocos dias ponian la hacienda á buen recaudo y se ausentaban precipitadamente de Madrid anunciando un próximo cataclismo. Es verdad que los que no juzgamos sino por los efectos ostensibles no podemos calcular hasta qué punto podian creerse graves los sucesos que iban á sobrevenir por los que se hallaban en estado de apreciar con mejores datos sus causas, antecedentes y circunstancias.

Aunque al principio se puso en duda, es ya oficial la noticia de haberse espedido en Roma una bula de excomunion mayor contra los autores, promovedores, secua-

ces, coadyutores y adictos de la agregacion de las Legaciones al Piamonte. Con este motivo el *Moniteur* de París ha recordado de orden superior el artículo del Concordato que establece que ninguna bula ó breve de la Santa Sede recibirá publicidad en Francia, sin haber obtenido previamente el pase del gobierno. En España las leyes prescriben lo mismo; pero no sabemos lo que sucederá en el Piamonte.

Ademas de las armas espirituales, el gobierno de Roma se dispone á usar de los materiales para procurar el cobro de sus Estados. Durante esta semana se han sucedido las noticias en este sentido, asegurándose por unos que las tropas de Nápoles ocuparán las Marcas y la Umbria, mientras las pontificias guardan á Roma, luego que la evacuen los franceses, y afirmando otros que los napolitanos se estarán en su casa, pero que se formará un ejército papal, cuya organizacion y mando correrán á cargo del general orleanista francés Lamoricière. Nuestra opinion particular, segun el cariz que presentan los sucesos, es que las tropas de Luis Napoleon no evacuarán á Roma.

La agregacion de Saboya y Niza al territorio francés es ya un hecho consumado: las tropas francesas ocuparán estos paises y se están marcando los límites de las nuevas fronteras. No se ha creido conveniente apelar en estos Estados como en Italia al sufragio universal; la cosa se ha hecho entre amigos y el gobierno del Piamonte se ha dado por satisfecho.

Han empezado á llegar las tropas de Africa. Los primeros cuerpos que vendrán serán los del Serrallo que en ausencia del general Echagüe han quedado mandados por el valiente general Gasset, cuyo retrato damos en este número,

La semana pasada ha sido santa, lo cual quiere decir que no ha habido funciones en los teatros, ni escenas de prestidigitacion, ni siquiera conciertos *sacros*. Ahora que han pasado estos conciertos y que nuestra censura no puede atribuirse á deseos de dañar á la empresa, debemos decir que la música religiosa en un teatro nos hace el mismo efecto que la profana en la iglesia. Es verdad que el teatro nació en el templo; pero desde que se separaron han seguido tan distinto camino, que ya no pueden volver á confundirse sin formar un conjunto chocante y heterogéneo. La música profana despierta ideas de muy distinto orden que la sagrada; y el local donde estamos acostumbrados á oír la una no es el mas á propósito para prepararnos á la otra. Lo mismo decimos de los cantores: la actriz que estamos habituados á

ver y aplaudir en el traje de Adalgisa, de Lucrecia ó de María de Roban; el autor que ha arrancado estrepitosos aplausos desempeñando el papel de Roberto el Diablo ó de Hernáni ó de Romeo, no pueden inspirarnos nada cantando un *Stabat Mater* ó un *Miserere*, así como una monja ó un sacerdote no lograrían producir grande efecto en una iglesia con la música del *Elisir d'Amore* ó del *Rigoletto*. Cada cosa tiene su sitio y sus circunstancias adecuadas; la música sagrada en el templo, ante los altares cubiertos de luces, entre el incienso y la pompa severa y magestuosa de la Iglesia Católica; la profana en el teatro al resplandor del gas, ante una concurrencia animada y dispuesta al placer, donde se rinde culto á la belleza y á la gracia: la música sagrada cantada por clérigos ó dependientes de la iglesia, con la gravedad que requieren su estado y el recogimiento que sus acentos están destinados á inspirar; la profana desempeñada por artistas capaces de modular la voz y tomar las actitudes que convengan del modo mas propio para despertar en el ánimo la variedad de afectos y de pasiones que su papel requiera.

Lo repetimos, ni en el teatro nos gustan los conciertos sacros, ni la muñeira, ni el tango americano en la iglesia. La autoridad los ha consentido y ha hecho bien: el público es quien debía prohibirlos no asistiendo á ellos: si al público le agradan, la autoridad nada tiene que ver en el asunto. Quisiéramos que hubiera tenido la misma tolerancia respecto de los pobres que en los días de Jueves y Viernes Santo piden limosna á la puerta de los templos. Este año se les ha prohibido mendigar en tales sitios y en tales días. Pero no es cuestion esta para tratada de paso.

Por esta revista, y por la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

INFLUENCIA DE LA ARQUITECTURA

EN LA CIVILIZACION.

VI.

La tierra, los astros, el fuego, los elementos todos de la naturaleza eran sus dioses, como hemos dicho, y esto explica lo que un grande hombre ha formulado ya en un elocuente precepto: que en la infancia de las sociedades y de las artes, los ánimos se inclinan fácilmente á todo lo maravilloso y fantástico.

Ya no es el púrpuro, ni el granítico Titan, el Dios que concibe la mente: el Dios material, cuya grandeza espresa su disforme mole, pasa á ser aéreo, invisible: el hombre es la imagen de Dios sobre la tierra, y su inteligencia, vivísimo destello de la luz radiante, quiere emanciparse de la naturaleza para subir hasta él; quiere remontarse al través de las tinieblas del pensamiento, como el águila al través de las mas densas nubes, para atravesar las estrellas y unirse á su Creador; quiere penetrar en el trono de los ángeles, á demandar la inspiracion celeste, á fortalecer su espíritu con el soplo divino que resplandece en el mundo.

¡Contraste singular!—Observad, mientras se operaba esta primera revolucion, este primer vuelo de la inteligencia, observad, decimos el progreso de la Arquitectura; seguid paso á paso su historia, y resaltará mas vivo, no ya el singular, sino el providencial contraste del progreso artístico con el sucesivo progreso de la civilizacion.

Las tribus asiáticas impelidas hacia el Occidente por el bravo, el guerrero, el indómito persa, por el temible persa, que desafia los rigores del desierto, como sus construcciones desafiaban el peso de los siglos, cuyos tiempos se apellidan fabulosos, cuyos monumentos sorprenden, como el Nakschi-Rustam: los escitas, cortando las seculares encinas de Dodona para fabricar el primer modelo del edificio: los fenicios, contemplando los esbeltos cedros del Líbano, como el árbol de la ciencia que en espiral se eleva hasta el cielo, admirando en lontananza aquel inmenso y azulado piélago, donde las estrellas y la luna rielaban como en un diamantino espejo; aquellas celestes aguas, abrieron su pacífico seno al primer esquite de la libertad y del comercio; aquellas floridas riberas exhalaban el primer perfume de la civilizacion.

El panteísmo es la fuente de toda idea religiosa: los pelagos siembran por do quier sus monumentos ciclópeos, construyen tambien tumbas, sepulcros, como el de Agamemnon; pero al recorrer aquellos bosques de mirto, aquellos perfumados valles de madre selva; inspirados por la unidad y variedad de la naturaleza, que constituyen lo bello, levantan al cielo los ojos y adoran al ser invisible, cuyo eco creen hallar en el mar, en el viento ó en los astros.

Pero la voluntad del Hacedor Supremo habia de cumplirse. La civilizacion, el triunfo de la razon era inevitable: el panteísmo, símbolo de la muerte, era incompatible con los altos fines de la Providencia; era su mas fiel antítesis: el progreso encarnado en la obra suprema le rechazaba: la Grecia era el florido vergel donde el genio debía echar su primera sonrisa; era el primer crepúsculo del sol de la libertad, á cuyo instantáneo fulgor debían despertar los derechos del hombre; era la fecunda no-

driza de los Homeros y Solones, de los Píndaros y Herodotos, de los Aristóteles y Platones.

A los esfuerzos del huracan por destruir la naturaleza ha sucedido siempre el mas dulce reposo: la luz reemplaza á las tinieblas, el movimiento á la inercia: así tambien la inteligencia, dormida en las tenebrosas tumbas del Oriente y del Egipto, debía despertar á la primera aurora de la Grecia.

La gran sacerdotisa egipcia es abandonada en la Theopropia por los fenicios: los pelagos levantan bajo la centenario encina el trono de Júpiter; proclamanle rey de todo lo creado; entonanle himnos órficos en alabanza, y el progreso de la inteligencia y de la civilizacion se encarna mas y mas cada dia en el progreso de la estatuaria: el sentimiento de lo bello aviva mas fuertemente la llama de la sensibilidad, y como la sensibilidad solo puede trasmitirse por la actividad del espíritu, y esta recurre á esa facultad del hombre, á ese divino privilegio de la idea, llamado imaginacion, en la necesidad de personificar sus dioses, debía naturalmente perfeccionarse la personificacion, é inventarse nuevos ídolos, y comunicarse con mayor frecuencia el mundo visible y material del sentimiento, la naturaleza, las formas, con el espíritu é invisible de las ideas.

Y así sucedió, en efecto.

Con el progreso del arte y con su historia coincide notablemente el progreso de la humanidad. El panteísmo, escrito en sus monumentos, se transforma en politeísmo, impreso tambien en monumentos: el sentimiento de lo bello, el arte, se desarrolla y crece asimismo al impulso de la idea: las diseminadas tribus, convertidas en poblaciones infinitas, invaden la Grecia: descomponese el infinito absoluto para fraccionarse hasta el infinito: en su descomposicion toma mil impresiones distintas; y la unidad personal, simbolizada antes en la inmovilidad, en el reposo absoluto espresado por la tumba, se convierte en la divisibilidad personal, elocuentemente espresada por el politeísmo. Es decir, al sentimiento de la belleza incomprendible y metafísica de la magnitud sucedió el sentimiento de la belleza física, que encierra la armonía de las formas: á la actividad, á la negacion de la vida, la personificacion del amor, trasmitido por la belleza de las formas, que es la belleza física.

Por eso dice Hesíodo: «el amor es el mas bello de los Dioses inmortales;» como si quisiera formular en este axioma el carácter artístico de la Grecia.—De aquí, que á las toscas y groseras formas de las pagodas y los túmulos se sucedan con los siglos las esbeltas y delicadas estatuas, los templos armónicos de formas regulares, con sus proporcionadas columnas y espresivos capiteles, sus cornisamentos y adornos; y que á la pesadez y confusion de los detalles sustituya la geométrica y razonada ordenacion de las líneas.

Por eso, el Apolo de la Lycia no era aun aquel Apolo del hermoso Delfos, aquel Apolo de la inspiracion, que penetraba con sus dorados rayos en el profundo seno de las tinieblas del espíritu, aquel sol del mágico Oriente, que encadena al pisar la Grecia todas las divinidades del Olimpo: la teocracia dominaba aun las razas pelásgicas, que se encerraban en sus grutas: aun dominaba en la Grecia el tenebroso Orfeo, que despertando en Oriente de su letargo, quiere renacer en la Grecia al soplo vivificador de la vida.

El progreso, no obstante, de la humanidad como ley constante de la naturaleza, era indeclinable. Contra los falsos dioses del mago Orfeo levantó la celeste asamblea del Olimpo el divino Homero, que derramaba sobre el caos de las antiguas teogonias copiosos raudales de vivificante luz; pero los dioses de Homero no eran mas que una preparacion del espíritu para recibir otro ideal mas puro de la perfeccion, y la Arquitectura, el arte, espiritualizado en la escultura, produjo la poesia, el canto y la tragedia, para ridiculizar los dogmas pitagóricos y deslumbrar la sabiduría teocrática.

Así vemos al detorme Júpiter Ammon, transformado en el poético Júpiter con las melodías de Píndaro y el bello ideal de Fidias; el grosero tronco, adornado con la cabeza de vaca, representa en Efeso la hermosa Diana, rodeada de encantadoras ninfas, que suspenden con sus hechiceras plegarias el melancólico concierto de los bosques y los lagos y el aroma purísimo de los cálices de las flores: la bella Juno se levanta sobre las ruinas de la Astarte egipcia; el asqueroso é imponente Baco se transforma en el Baco risueño y perfecto, emblema de la alegría y de la juventud, cuya errante vida siembra por do quier las gracias de la riente primavera, y el Apolo mismo sacerdotil en el bello Apolo, querido de las Musas, que se sienta apacible en el trono del Olimpo y del Parnaso. En una palabra, la religion de la naturaleza se encierra en su panteísmo para dar vida á la religion del hombre, y su inmortal fundador, el inmortal Homero, nace precisamente entre el primer destello de la Arquitectura griega.

He aquí la irresistible lucha del progreso: el misterioso geroglífico del Oriente, que no es otra cosa mas que la teocracia simbólica, vela la luz de la inteligencia para encerrarla en el caos, y como la luz reemplaza á las tinieblas, la luz homérica recorrió ese tupido velo, dirigió al cielo su vista, reflejóse en él su imagen, y he aquí la descomposicion de la unidad absoluta, del infinito, en su antítesis, la divisibilidad, la localizacion de la personalidad hasta el infinito; el politeísmo, que se estiende á los

múltiples y variados seres y objetos de la naturaleza, y la Arquitectura, que se desarrolla y engrandece con los bellos monumentos en otro artículo, y recordaremos tan solo en apoyo de nuestra teoría, que todos esos dioses y culpados en esos mismos templos, como el de Apolo, el de Diana, el de Júpiter Olímpico, y los demás de que nos hemos ocupado.

Hemos espuesto, además, que todas estas deidades habian de caer en el ridículo por el progreso mismo de la razon, para dar lugar á la realizacion del plan eterno de la Providencia; y en esta misma revolucion, como en todas las anteriores, hallamos siempre á la Arquitectura sirviendo de tipo y de modelo. El paganismo murió al desarrollarse la armonía de las formas, la escultura: Fidias derriba el Júpiter tonante con su asombroso é inimitable Júpiter, inspirado por su mismo amor al Dios Olímpico: los dioses de Homero mueren con el ridículo que fulmina Esquilo en su tragedia: el Edipo de Sófocles descifra y apaga todos los misterios, toda la sabiduría de los sacerdotes egipcios: el grande Aristófanes se burla de todas las divinidades del Olimpo.

Los templos, los monumentos arquitectónicos, que coronan las montañas de la poética Grecia, son una recopilacion muda de las brillantes páginas de su historia, del progreso de la civilizacion: la geométrica proporcion y la ordenacion de los detalles dan al artista la razon lógica de sus concepciones: las manifestaciones del espíritu pasan ya ordenadas por el crisol del criterio; el arte es razonado.

La civilizacion avanza: las revoluciones de la humanidad y de la inteligencia se hallan perpetuadas en los monumentos: la Arquitectura griega va á ser reemplazada por otra Arquitectura mas sublime: la pintura está destinada á orlar su cuna con mil coronas de azucenas: los dioses de la naturaleza, la personalidad humana, van á ser sustituidos por el Dios de la verdad: las razas, los pueblos y los hombres van á ser confundidos en una sola raza: el espíritu va á triunfar sobre la materia, y el palenque de esta revolucion universal es Roma.

La Arquitectura romana va á trasmitirnos tambien este gran suceso.

Veamos, pues, si en la ciudad eterna continúa siendo la Arquitectura el mas fiel y espresivo intérprete de la civilizacion y del progreso.

M. NUÑEZ DE LA VEGA.

LOS MAITINES DE NAVIDAD.

TRADICION MONÁSTICA.

UNA ADVERTENCIA.

Nada encuentro mas prosáico que un café, luego que acabo de beber el humeante líquido que el no siempre servicial doméstico ha colocado en sus correspondientes taza y bandeja, sobre la mesa donde me acerco, á buena distancia de mi brazo y por consiguiente de mi boca.

Para el jugador de dominó, de billar, de tresillo, en una palabra, para todo el que hace de esa casa pública llamada café, su lugar de recreo, lo que menos le seduce de este sitio son las bebidas que en él se sirven; tenga tercios, que nunca escasean en estos parajes con quienes pasar la friolera de ocho ó diez horas, sentados unos frente á otros, con la barajas en las manos, ó agitando estas sobre la mesa, como si nadasen, para poner en revolucion las cincuenta y cinco fichas de hueso de que consta el divertido juego del dominó, y ya no desea mas nuestro hombre; poesia, placeres, emociones, todo lo tiene allí, se entiende, lo que su cabeza le permite desear.

Mas para el que no juega á las cartas, ni á las bolas, ni á las fichas, no tiene mas atractivo el café, segun dije al principio, que el rato que se invierte en apurar el adulterado Moka y el que sirve de sobremesa (permítaseme la espresion) donde suele charlarse por los codos en union de varios amigos, y esto justamente es lo que acontece á un servidor de... quien me sirva.

Reunianse cierto verano por las noches en cierto café de la muy heróica ciudad de Granada y alrededor de cierta mesa, que llegó mas tarde á servir de lienzo ó pizarra para muy buenos bosquejos, unos cuantos amigos, todos artistas, poetas y escritores: no es necesario decir mas que estos nombres para que el lector pueda venir en conocimiento de la Babel que seria semejante círculo. Disputábase siempre, censurábase ídem, no quedaba obra monumental, artística, literaria ó musical, antigua ó moderna, buena ó mala, grande ó pequeña que no saliese á relucir corregida y aumentada, ni dejase de ser objeto de infinitos comentarios, que duraban por lo menos hasta la hora de retirarse cada mochuelo á su olivo.

Pero como las noches eran muchas y no en todas habia que censurar ó elogiar, y hasta se negaba el mozo á suministrar al círculo, la tiza ó yeso con que se trazaban sobre la mesa las caricaturas de cuantas personas se hallaban presentes, y no pocas ausentes, sucedió que llegó el caso, el estupendo caso de no tener ocupacion

las ciencias pavorosas de ofrenda aplaudir pasivamente con propósito habido por desgracia de cuencos tenidos en cuenta jueces formales S todo posición B gran tede E y ve fulgor Custodia de la Se cala sobre desvelo palabres dos a cidie la vis Ec otra, recos — ¡A Pr los g que h paña la m Ap jóse v rigier carse De once semic Ad aquel de los poder velase Car á rom tiaba. — F ellos u debe consag pues, Mir pero s gunas su raz rancia — E hágalo trado — R sible d en nin cion, p muidi: humild — T rendo. — U verenc das las dias co terrum individu mentos dad y v nes. E nuestro

las lenguas y manos de la tertulia y permanecer callada cierto tiempo con notable asombro y regocijo de los impávidos jugadores que la rodeaban.

Esta horrible crisis fue de cortísima duración; uno de los poetas, asaltado por un luminoso pensamiento, ofreció divertir á la reunión con un cuento de vieja. Aplaudida la idea, fue aceptada por unanimidad y llovieron cuentos durante muchas noches. De los pastoriles pasábase á los maravillosos, de estos á los de miedo y entre tanto cuento negro, amarillo, verde y colorado como se refería, hubo uno que llamó la atención de este prójimo que también le llegó el turno de narrar los que había aprendido de una tía suya, cuando despabilaba por las tardes al salir de la escuela, la merienda de ordenanza, sazónada con los cuentecitos de la buena señora, que santa gloria haya.

Desde el momento en que lo escuché, y me refiero al cuento indicado, parecióme muy á propósito para entretener por algunos minutos la imaginación del que busca en los periódicos un rato de solaz, y tomándolo por mi cuenta, he procurado revestirlo del traje que en mi juicio le conviene, resucitando la decaída y mal parada forma romántica.

Si el desempeño no corresponde al propósito, haré de todo corazón el de la enmienda y sirvan tan buenas disposiciones para alcanzar el perdón de mis yerros.

Basta de circunloquios y vamos al grano, y pues el grano es el cuento, manos á la obra y... ahí tienen ustedes el cuento.

I.

Era una tarde de diciembre. Próximo el sol á su ocaso, y velado por cenicientas y pardas nubes derramaba un fulgor amarillento y tibio en la celda del buen padre Custodio, guardian del convento de franciscanos de una de las más bellas ciudades de Andalucía.

Sentado en su sillón de cuero, cruzados los brazos y calada la capilla leía á la sazón en su breviario, colocado sobre un atril en una mesa de pino. El crepúsculo se desvanecía lentamente; apenas le era dado descifrar las palabras latinas que aparecían ante sus ojos cual informes líneas y ya se resignaba á dejar el libro, cuando dos acompasados golpes que sonaron á la puerta, le decidieron á cerrarlo, disponiéndose en seguida á recibir la visita ó mensaje que aquellos golpes le anunciaban.

Echóse atrás la capilla, se frotó las manos una contra otra, después de haberlas humedecido con su aliento, recostóse en el sillón y exclamó al fin con voz solemne: —¡Adelante!...

Prévio este beneplácito, sonó el picaporte, rechinaron los goznes y abriéndose la puerta, dió paso á un fraile, que haciendo al entrar una respetuosa reverencia, acompañada de un sonoro *Laudetur Christus*, se adelantó hasta la mesa donde quedó inmóvil.

Apenas dejó la penumbra, otra figura semejante dejóse ver en ella, que practicando igual genuflexión y dirigiendo al guardian el mismo saludo, marchó á colocarse al lado de la primera.

De este modo fueron apareciendo sucesivamente hasta once individuos de la comunidad, quienes formaron un semicírculo en torno del padre Custodio.

Admirado el padre guardian de los preliminares de aquella estraña visita, miraba con asombro el semblante de los religiosos, cuya expresión era igual en todos, sin poder observar en ellos la menor circunstancia que revelase su intención.

Cansado de un exámen tan infructuoso, se determinó á romper un silencio que sin saber por qué le angustiaba.

—Hermanos, les dijo levantándose y clavando en ellos una mirada escrutadora, asunto de no escasa monta debe guiarnos hasta mi recinto al declinar el día, hora consagrada á la meditación y al rezo: ¿qué me anuncia, pues, vuestra venida?

Miráronse mutuamente los religiosos un breve instante pero sin levantar la cabeza, y uno de ellos aventuró algunas frases tan entrecortadas é ininteligibles que acabó su razonamiento dejando al guardian en la misma ignorancia en que estaba antes de haber hablado.

—Explíquese hermano, y si quiere que lo entienda, hágalo con claridad, replicó después de haberse penetrado de que nada había comprendido.

—Reverendo padre, exclamó otra vez que era imposible designar á cuál de aquellas figuras pertenecía, pues en ninguno de sus rostros se notaba la menor contracción, padre reverendo, ante su vista tiene á toda la comunidad de San Francisco representada por nuestras humildes personas.

—¡Toda la comunidad!... exclamó absorto el reverendo... ¿Y qué pretende de mí?

—Una gracia cuya concesión está en manos de su reverencia. Padre nuestro, en todas las carreras, en todas las profesiones, en todas las facultades, hay ciertos días consagrados al descanso. Las fiestas solemnes interrumpen el trabajo de las prácticas diarias de cada individuo, cuyas fuerzas robustecidas con aquellos momentos de reposo, entréganse después con nueva actividad y vigor al desempeño de sus respectivas obligaciones. Ese instante de reposo, esa leve interrupción de nuestros ejercicios es lo que pedimos á nuestro guardian.

Cada vez más perplejo el buen padre, de la audacia del fraile y sin adivinar el objeto que se proponía, llegó á ser presa de una agitación cruel. Miraba y volvía á mirar aquellos rostros impasibles, serenos y humildes con la vista siempre inclinada, y el padre Custodio, sin poder darse cuenta de lo que le pasaba, sentía miedo y comenzaba á sudar.

—Hermanos, hermanos, basta de rodeos, se atrevió á pronunciar al fin, díganme prontamente el motivo de tan inoportuna visita, pero sin digresión ni circunloquios.

Una tercera voz fue ahora la encargada de contestar.

—Mañana, dijo, celebra la Iglesia una de sus mayores festividades y sin embargo, esta noche deben cantarse los maitines á las doce, á las doce, padre reverendísimo, hora destinada por la naturaleza al reposo de las fatigas corporales y de espíritu que agitan al mísero mortal en el transcurso del día. Padre nuestro, toda la comunidad eleva á vuestra reverencia por el indigno conducto de mi voz sus humildes plegarias, rogándole traslade á las nueve de la mañana el rezo de esta noche.

La indignación más profunda retratóse en el semblante del guardian al oír aquellas palabras. El temor que los preámbulos del fraile llegaron á infundir en su alma, se tornó en despecho y sus ojos resplandecieron de ira.

—Hermanos, exclamó en el lleno de su enojo; ¿qué es lo que sus labios han proferido? ¿Valgame Dios y cuán poco habrán meditado en la proposición que acaban de dirigirme! ¿Es ese el voto de mansedumbre que sus lenguas confirmaron al recibir el santo hábito de nuestro padre San Francisco?... Trasladar los maitines á las nueve de la mañana... y en la pascua de Navidad. ¡Hermanos! ¡hermanos! reflexionen bien en el paso que se han atrevido á dar y hallarán la penitencia de su falta en su misma vergüenza y arrepentimiento.

—Pero... padre...

—Silencio, hermanos. ¿Aun persisten en levantar aquí esa voz sacrilega é impura que revela el extravío de sus conciencias? Retírense pronto á sus celdas, y entregados á la oración, pidan á Dios la fuerza de que aun necesitan para resistir á las tentaciones de Satanás. ¡No rezar los maitines! Infringir las reglas establecidas por la Iglesia y observadas religiosamente en el espacio de tantos años... ¡nunca! Semejante desacato no llegará á cometerse mientras me halle á la cabeza de la comunidad de este convento. Los maitines, los solemnes maitines de la pascua de Navidad, se cantarán á las doce de esta noche. A sus celdas, hermanos, á sus celdas, y que Dios les ilumine con sus rayos de gracia para que reconozcan su culpa y se horroricen de ella.

Algo mohinos y cari-avinagrados, fueron saliendo silenciosamente de la habitación los frailes insurgentes; ninguno quiso arrostrar con réplicas ni observaciones, la cólera del buen padre Custodio, celoso como un fanático del cumplimiento de sus deberes.

Perdióse entre los corredores el roce de las sandalias del último que saliera, y así que se vió solo el guardian, se pasó la mano por la frente como para ahuyentar los desagradables recuerdos de la anterior escena, á la cual aun dudaba dar entero crédito; tan escandalosa parecía á su recta conciencia.

Ya era completamente de noche. Aproximóse á la puerta, y escuchó largo rato por el agujero de la llave. El convento se hallaba en la mayor tranquilidad. Entonces se acostó en su lecho, donde no tardó en dormirse profundamente.

II.

En una espaciosa celda del convento de San Francisco, alumbrada débilmente por la llama de un cabo de vela, véanse las figuras de muchos frailes y legos, que confundidos y en diferentes actitudes, muestran en sus movimientos y semblantes la más viva ansiedad.

Uno de ellos que permanece junto á la puerta, entornada á la sazón, asoma por intervalos la cabeza hácia la erugia, como si espíase la llegada de alguno, mientras otro se ocupa en colocar la estampa de un crucifijo delante de la luz, para impedir que sus rayos puedan divisarse desde afuera.

La agitación de aquella estraña asamblea se hace por momentos más creciente; algunos que se hallan recostados en sus asientos, movidos por su impaciencia, no tardan en levantarse y confundirse entre la mayoría del concurso.

Todos parecen dominados por un mismo pensamiento.

Pronto el grito de «ya vienen» que da el vigía de la puerta, detiene el giro de los circunstantes que por un movimiento rápido y uniforme se encaminan hácia la entrada.

No tardan en aparecer en ella nuevos religiosos. Son los representantes de la comunidad franciscana, que despidió con tanta dureza el reverendo padre Custodio. Pintábase en sus rostros el adverso resultado de su comisión.

—¿Qué hay, hermanos? es la pregunta que con la mayor inquietud exhalan todos los labios.

—Nada bueno, responde ásperamente uno de los recién venidos.

—Acaso el padre guardian...

—Niega rotundamente nuestra demanda. A las doce se cantarán los maitines.

—¿Con que no le han conmovido vuestras razones? —Le han indignado, llamándonos poco celosos de la fe.

—Y despidiéndonos con altanería.

—Y mandándonos á la oración.

—Dice que nos tienta Satanás.

—Y que era por efecto de nuestra tibieza.

—Faltó poco para encerrarnos en el cepo.

—¡Qué rigidez!

—¡Qué crueldad!

—Y todo por unas cuantas horas de sueño.

—¡Vaya un delito! rezar á las nueve de la mañana lo que había de ser á las doce de la noche.

—¡Y por una vez tan sola! ..

—¡Qué conciencia tan raquítica!

—¡Tan miserable!

—Pues yo siento la mía tan ligera, á pesar de ratificarme en el propósito, como el vuelo de nuestras palomas.

—Y yo...

—Y yo... esclaman á coro todos los frailes...

—¡Silencio! que pueden oírnos.

—Hermanos, ¿y habremos de esponer al hielo de esta noche, los entumecidos miembros de nuestro cuerpo, cuando cada cual había gustado anticipadamente del placer que le aguardaba rebujado entre las mantas de su lecho?

—Sería un triste desengaño.

—Una transición horrible.

—Una mutación deplorable.

—Una verdad negra tras una ilusión rosada.

—Es necesario que el color de la verdad no difiera del de la ilusión, replica un fraile con sus ribetes de poeta.

—Es preciso dormir esta noche.

—Es indispensable descansar.

—Aprobado. Pero, cómo haremos...

—Eso es... cómo vamos á...

Miranse unos á otros, los frailes, como buscando cada cual en el rostro de su compañero la idea que en balde pretende encontrar en su imaginación.

Hay un instante de silencio.

—Nos salvamos, hermanos, nos salvamos, una idea, exclama de repente el poeta.

—¡Venga! ¡venga! contestan á una voz los demás.

—Silencio... continúan todos asustados del ruido que promueven.

La repulsa del guardian en nada altera nuestro propósito.

—¿Cómo es eso?

—Atiendan, cada uno de nosotros se acuesta según costumbre y duerme á pierna suelta hasta el amanecer.

—¡Vaya una salida! Esa era nuestra intención.

—¿Y qué se opone á realizarla?

—Que á las doce tocarán á maitines.

—¡Bueno!

—¿Cómo que bueno?

—Supongamos por un instante hermano, que se ha vuelto sordo, ¿oiría entonces la campana?

—No adivino...

—Seamos todos sordos esta noche.

—¡Ya!

—¡Ya comprendo!

—Es decir, que nadie acuda al rezo.

—Y siga descansando entre las sábanas.

—¡Magnífico!

—Escelente...

—Sí, ¡pero eso es una insurrección!

—Una falta de obediencia que después purgaríamos.

—No sean tontos, hermanos, dos, tres, cuatro que faltasen serían inhumanamente castigados, pero si faltamos todos ¿cómo han de castigar á la comunidad entera? Lo más que puede acontecer, será una larga amonestación que nosotros mismos provocaremos implorando el perdón del guardian.

—¡Bien! ¡Bien! esclaman alborozados los frailes convencidos por los argumentos del orador.

—Pero es indispensable que nadie acuda, ni siquiera uno.

—Aunque oiga romperse la campana.

—A propósito, ¿no sería mejor que la campana no sonase?

—No está mal pensado, pero es imposible.

—No tanto como á su caridad le parece.

—Le aseguro por mi humildad que no atino con el medio de escamotear las campanas.

—Sería preciso romperlas todas; mientras quede una sola, nada habremos adelantado, con ella nos llamarán.

—Y eso de la destrucción ya es cosa más seria, responden algunos timoratos.

—¿Quién habla de destrucciones ni escamoteos? interrumpe el fraile de las ideas, no avancen tanto sus caridades por el camino de la estupidez, y respondánme categóricamente á las preguntas que les dirija.

—Veamos, murmuran varios, algo descontentos de la alusión.

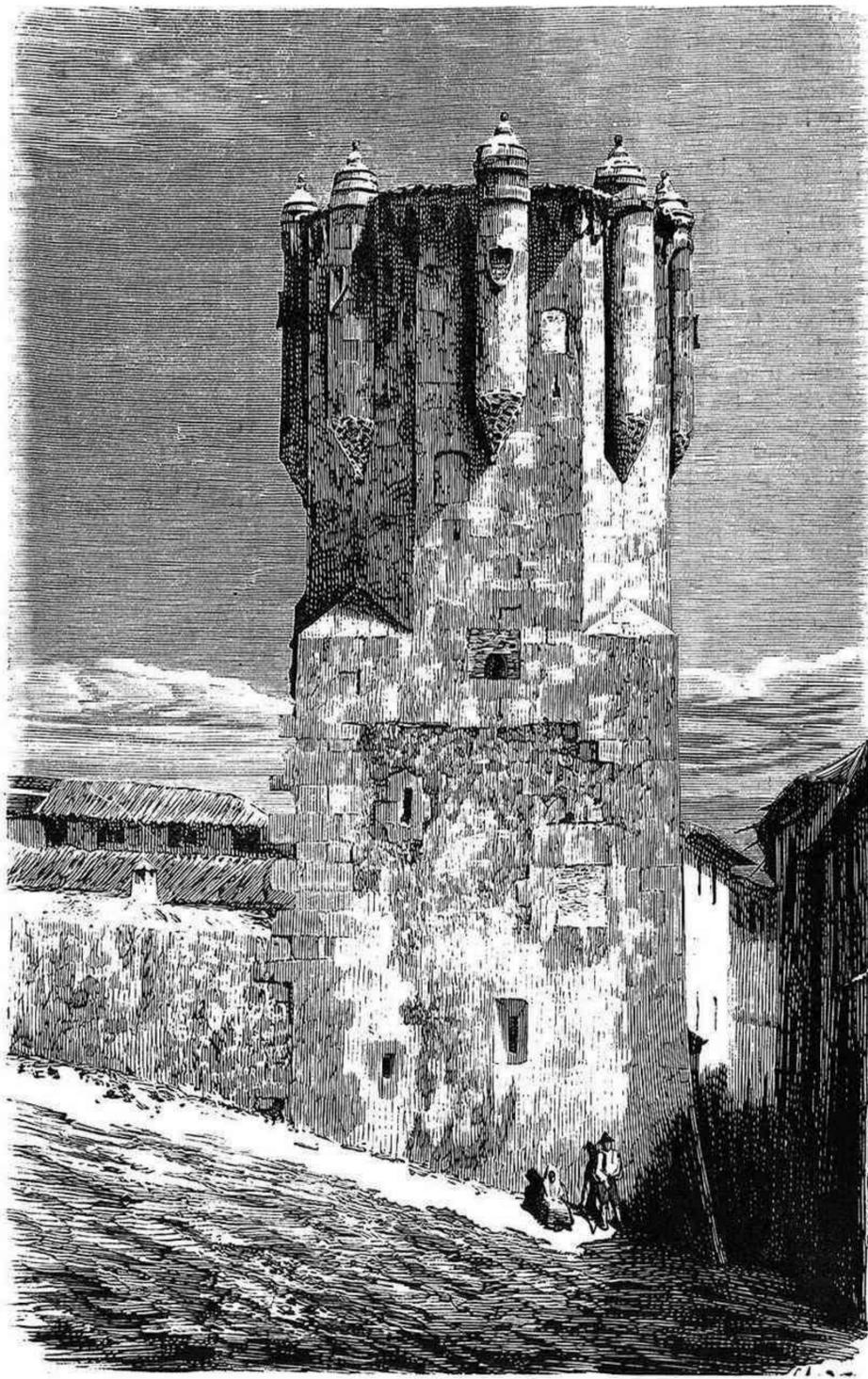
—Para hacer sonar la campana, ¿qué se necesita!

—¡Vaya una pregunta! que la toquen.

—Corriente, ¿y quién toca la que nos llama á maitines?

—El lego Benito es el encargado...

—Conforme... y díganme ahora sus paternidades, si



TORRE DEL CLAVERO EN SALAMANCA.

el lego Benito al llegar la hora sigue durmiendo en su lecho, ¿cómo habrá de sonar la campana?

—¡Es verdad! vuelve á exclamar á coro la asamblea sojuzgada por aquella soberanía de recursos.

—¡El lego Benito! ¿dónde está Benito? repiten muchas voces.

Pronto aparece el lego: no le disgusta la proposición, pero titubea en adoptarla, hasta que al fin se resuelve á prestar al complot la ayuda que le reclaman, confiado en que por donde saliera uno, saldrían todos.

Arregladas las cosas de esta suerte y dándose mil seguridades é imponiéndose otras tantas penas para aquel que faltase á la palabra, disuélvese la reunión, decidida á pasar muy tranquilamente la Noche-buena, dentro de sus camas, en busca de las cuales parten de puntillas y con el mayor sigilo cada uno de los frailes.

III.

Es la media noche.

Encapotado el cielo por oscuros y gigantescos nubarrones, presenta un aspecto lúgubre y siniestro. Ni una estrella en el horizonte, ni una luz sobre la tierra.

Reina un medroso silencio en rededor del convento de San Francisco. Solo de vez en cuando alguna ráfaga de viento, hace chascar las hojas de los sauces del jardín y silva entre los arcos de los claustros, perdiéndose despues el eco entre las escaleras y galerías.

Una quietud misteriosa sucede á los quejidos del huracan.

Un fuerte relámpago abre las nubes é ilumina de repente la llanura y el convento. Su azufrada luz tñe de un fulgor amarillento los ennegrecidos muros de la iglesia, y hace destacar en el espacio las agujas de sus torres.

No tarda en suceder el trueno, que estalla retemblando sobre la cúpula del templo.

La tempestad se aproxima.

Despiértase el guardian. La péndola que con su acompasado golpe, turba el reposo de su celda,

anuncia que va á perderse otra hora mas en lo infinito.

El religioso escucha.

Una tras otra suenan en el metálico timbal doce campanadas.

—¡La hora! esclama el guardian sentándose en el lecho y frotándose las manos.

Pero la campana que todas las noches convoca á los frailes á maitines no se deja oír esta vez y la hora va pasando.

—¡Qué significa este silencio! murmura sorprendido el padre Custodio, y la mas viva indignacion se pinta en su descolorido semblante.

Su corazon le anuncia la trama, pero no quiere darle asenso.

—Se habrá dormido el lego, dice, corramos á despertarlo.

Santíguase, cálese la capilla y abre la puerta de su celda.

Una ráfaga de viento que atraviesa en este instante la galería, le entrecorta la respiracion y hace oscilar la lámpara suspendida en uno de los arcos, apagando su luz agonizante.

Las mas densas tinieblas se difunden por el claustro. Pero el guardian no se intimida y fijo en su pensamiento corre á las puertas de las celdas.

—Despierte, hermano, despierte, grita llamando con redoblados golpes en todas ellas, despierte que ha pasado la hora de los maitines.

Mas sus acentos se confunden con el ruido de los golpes y los muidos del huracan.

Nadie contesta á su voz; solo la tempestad responde con la suya atronadora...

—¡Comprendo! esclama el guardian en un febril arrebatado; débiles son mis quejas para penetrar en sus corazones de roca; veamos si el clamor de la campana llega hasta el fondo de sus almas.

Y alumbrado por la luz de los relámpagos, se dirige con firme planta á la torre de la iglesia.

—Llega á la escalera de caracol, busca entre la oscuridad la cuerda que ha de dar impulso á la lengua de bronce, y no tarda en difundirse en el espacio un pausado y lúgubre tañido que arrebata en todas direcciones el viento de la tempestad, como indignado de que otra voz se levante donde la suya impera.

El clamor de la campana sigue lento y tenaz. Es el toque de maitines.

—El lego nos hace traicion, piensa cada fraile, desde su lecho al escuchar el toque acostumbrado, y sin embargo, ninguno intenta moverse seguro de la palabra de los demás.

Mientras tanto una gigantesca sombra, se desliza al través de los corredores.

Es el lego Benito que oyendo á su *Dolores* la campana á quien él solo hacia hablar, ha tenido miedo, y encendiendo su linterna, corre presuroso y afligido á penetrar aquel misterio.

—Perdon, padre Custodio, esclama cayendo de rodillas y elevando sus manos al conocer al guardian, que



MUJER Y NIÑO DEL RIFF, DE LOS PRESENTADOS EN TETUAN AL GENERAL O'DONNELL. (DE UN CROQUIS.)

con las suyas en la cuerda y el rostro lívido y severo, continuaba agitando la campana.

—Ya ve hermano lego, como no faltan brazos en el servicio de la iglesia, aunque muchos se olviden de sus deberes, contestó gravemente el reverendo; levántese, hermano y siga convocando á la oracion.

—Será inútil, padre nuestro, responde con tristado el lego; sin variar de actitud.

—¡Cómo inútil! replica el guardian casi convulso de despecho.

—Perdonadme, padre, pero los maitines no se cantarán esta noche.

—¡Que no se cantarán esta noche...!

—No, padre nuestro, la comunidad está de acuerdo y no asistirá un solo hermano.

—¡Que no se cantarán esta noche los maitines! repite el guardian con el semblante demudado y resplandecientes ojos.

—Perdon... mas...

—¡Silencio! sígame al punto hermano, esclama el religioso con acento sombrío y lleno de fiereza, como iluminado por una idea terrible.

Y dejando oscilar la cuerda que hasta entonces tiene asida, vuelve en silencio á atravesar encrucijadas y corredores, ocultando la cabeza en su capilla.

Síguele á larga distancia el lego Benito con vacilantes pasos, y la luz de su linterna agigantando las proporciones del guardian, proyecta en los mármoles del pavimento, una sombra disforme y medrosa que desaparece y torna de nuevo á presentarse en mil giros caprichosos y fantásticos.

Ruge la tempestad, el viento arrecia... y el sonido de la lluvia se oye triste y monótono en las hojas de los sáuces y en las canales de plomo de los claustros.

Aquella luz, moviéndose en medio de las sombras de la noche, aquellos dos frailes atravesando escaleras y crugías, sin percibirse el ruido de sus pasos, semejantes á dos espíritus evocados por el genio de la tempestad que parecia querer confundir el edificio, llegan al fin á un angosto callejon que los conduce á la iglesia.

La perenne llama de la lámpara bendita, difunde un resplandor lúgubre en el centro de la nave; las tinieblas mas sombrías envuelven en su crespon los ángulos y capillas.

El grito de la naturaleza embravecida quiere penetrar en el santuario de la fe, y parece amenazar desde la cúpula, pero las bóvedas sagradas le devuelven el eco como anatematizando su profanacion, eco que resipiten los arcos de las capillas, donde muere, secundando el anatema.

Guardian y lego recorren toda la nave y llegan al fondo de la iglesia.

—Alumbre, hermano, dice con firme voz el primero.

—¿Qué es lo que intenta, padre mio? replicó el lego, temblando de adivinar el designio del superior.

—Obediencia y no replique; deje la luz en tierra y ayúdeme á levantar esta losa.

Hácelo así el lego y no tarda en descubrirse la entrada de un subterráneo. Los peldaños de una escalera asoman á la boca.

Es el panteon del convento.

—¡Padre! padre, por Dios, ¿qué pretende, esclama Benito lleno de pavor abrazando las rodillas del guardian.

Pero este le contestó sin inmutarse.

—Toque, hermano, la matraca.

—¡Padre guardian!...

—¡La matraca! Si los vivos no acudieron al sonido de la campana, los muertos saldrán

de sus nichos al toque de la matraca. Los maitines han de cantarse.

Obedece el lego. Pronto el áspero choque de la madera contra la madera produce un ruido seco y desapacible semejante al rechinar de huesos descarnados, y turba el silencio de las bóvedas sagradas.

Un foco de luz rojiza ilumina la boca del panteon por donde se ve salir y elevarse en caprichosos espirales un vapor blanco y denso.

Deja oírse en el interior de la bóveda sepulcral un murmullo extraño, pavoroso, continuo.

No tarda en hacerse mas vivo el resplandor de aquella medrosa entrada y dos frailes con antorchas en la mano suben la escalera y salen á la iglesia.

En la misma forma y de dos en dos van subiendo como hasta cuarenta figuras. Sus rostros desaparecen bajo los pliegues de las grandes capuchas que á manera de corozas se elevan sobre sus cabezas y aquella fúnebre y misteriosa procesion marcha silenciosa é imponente con grave y magestuoso paso, por el centro de la iglesia.

Colócense el guardian, frio é impasible á la cabeza de los fantasmas y en esta forma se dirigen al coro donde cada cual ocupa su asiento.

Todos entonces fijan su atencion en el padre Custodio; parece que aguardan alguna orden.

Efectivamente, levántese el anciano, hace una se-



EL GENERAL GASSET. (DE FOTOGRAFIA).



ESPIA MORO PRESENTADO AL GENERAL O'DONNELL. (DE UN CROQUIS.)

poblacion solo reporta bienes y comodidad á todos sus habitantes.

En Alemania existen algunas de estas aplicaciones de la relojería eléctrica; en la esposicion de París (1855) se presentó un magnífico *étalon* que presidia á la marcha uniforme de mas de veinte relojes; en España se cuenta un reloj eléctrico en Jerez de la Frontera y algun otro en Barcelona; sin funcionar existe un magnífico modelo en el Instituto industrial de Madrid.

A propósito de Madrid y de relojes. Los relojes públicos de la muy heróica villa y córte tienen la ríflamónica costumbre de abusar de los *ad libitum* que es un portento; lo que no es decir que suelen andar acordes.

Esto entre otras muchas, reporta las siguientes ventajas.

Si habitais en un sitio desde el cual desgraciadamente se oyen varios relojes, os encontráis poco mas ó menos como el que vive en un paraje donde no se oye ninguno. En cambio disfrutais gratis y continuamente de una insoportable caja de música, y estais espuestos, por muy mundanos que se os suponga, á la misantropía, al suicidio, á la mono-manía religiosa, que sé yo; tanto influye á la fuerza en el ánimo mas desprecupado, ese incesante *morir tenemos*, que los monjes de la Trapa solo repiten á sus horas, á pesar de todo lo fúnebre de su institucion.

Si vais á un negocio urgente, algo lejos de donde os encontráis, os puede suceder (como nos ha sucedido mas de una vez á nosotros) atravesar la distancia que separa uno, dos, tres, cuatro relojes públicos, encontrando la misma hora en los primeros y acaso realizado el prodigio, segun la que marca el último, de que vuestra progresion se debe medir por una cantidad negativa, puesto que despues de haber recorrido toda la capital, es mas temprano que cuando salisteis de vuestra casa; pero aun hay mas, cuando en vista de esa especie de milagro póstumo os llegais á figurar en vuestra acalorada imaginacion que habeis resuelto, sobrepujando en velocidad, el problema de la direccion de los globos, de repente resulta horror! que aunque perteneceis á los bípedos, se os puede comparar con el cangrejo, y lo que es peor, que llegais tarde, bastante tarde á lo que teníais que hacer.

En suma, merced al desacuerdo de los relojes matritenses, se pierde un tiempo precioso en muchas ocasiones; fracasan en no pocas, asuntos de todo género y es hasta irrisorio que nadie pueda estar seguro de la verdadera hora, salvo los que posean suficiente *valor* para vivir hácia los desiertos de la ex-puerta del sol.

Estableciendo el sistema de relojes eléctricos que hemos espuesto, de los que el mismo de la Puerta del Sol podría servir de *étalon*, se evitarían bastantes dudas, proporcionando muchos beneficios, al par que una belleza nada comun al *artístico* pueblo de Madrid, tanto mas, cuanto que si importan millones á granel *obras que no queremos calificar*, esta no costaría apenas nada, pues hasta las pilas destinadas á prestar la corriente no necesitan grande energía, al contrario de lo que sucede en otros aparatos eléctricos.

CASTREÑO.

INSTRUCCIONES DE UN ARTESANO

Á SU HIJO, AL PARTIR PARA UN VIAJE POR PAISES ESTRANJEROS.

Hijo mio: un buen oficio es un tesoro. Podrás llamarte rico mientras no tengas deudas apuntadas en los libros de los demás y cuentes un ochavo en tu bolsillo.

Dios bendijo mi trabajo. Empecé sin un cuarto, y hoy dia me encuentro con bienes y considerado de los demás.

La mayoría de los trabajadores, cuando no les falta el jornal del día, no conocen la necesidad de perfeccionarse en el oficio. Para esto conviene viajar.

Pero para viajar con éxito no se debe dejar pasar nada sin verlo bien y sin preguntar: ¿para qué sirve esto? ¿Cómo se hace esto otro?

Si no viajas de este modo tanto valdría quedarte en casa. Verás árboles verdes, casas blancas, hombres que van en dos pies: todo lo cual tambien lo tienes aquí.

He visto muchos artesanos que habian vivido largo tiempo en las grandes poblaciones y que no conocian de París mas que los boulevares y el Palais royal; de Strasburgo la hermosa torre, etc.

A la manera que se puede juzgar de las buenas ó malas cualidades de un hombre por su fisonomía, tambien hay muchas ciudades y villas en las que por su aspecto exterior se puede juzgar del resto.

Cuando veas un pueblo que tiene muchas tabernas, puedes estar seguro de hallar poca economía y poca felicidad doméstica; pero en cambio encontrarás muchos holgazanes y muchos bribones.

Si no ves á los labradores en los campos desde la salida del sol, puedes estar seguro de encontrarlos en la taberna mucho despues de anochecido.

Donde oigas á menudo tocar á fiesta las campanas, échate muchos cuartos en el bolsillo, que te harán falta indudablemente para los pobres.

Aquella ciudad en que durante el dia se ven coches muy bonitos y que no tiene faroles de noche, se parece á una muchacha coqueta con su vestido de seda y la camisa llena de girones.

Donde no hay leyes, tus puños te servirán de fiadores. En donde á cada paso encuentres bandos y ordenanzas, guárdate de alguaciles y escribanos.

La ciudad donde crece la yerba en las calles y el país donde los caminos están llenos de baches, nada promete para el que busca trabajo: sigue tu camino y no te detengas.

Cuando veas muchas mozas pálidas y flacas, señal de que hay muchas salas de baile y poco trabajo.

Donde veas entre semana muchas partidas de campo, guárdate de las quiebras y bancarrotas.

No vaya á juzgar de la piedad de una poblacion por el número de sus campanarios; ni de la de una aldea por la riqueza de su iglesia; ni de la fortuna de un hombre por su levita y su bota de charol; ni por la muestra de un ventorrillo, que tiene buen vino y buena cerveza. Casi todas estas cosas sirven para engañar á los hombres cándidos. La verdadera piedad es modesta y tranquila; el mas sencillamente vestido suele ser el mas rico; el buen vino no necesita muestra, y el buen paño en el arca se vende.

Si quieres vivir en un país dichoso, busca aquel de que hablen menos los periódicos.

Donde los labradores son groseros y no saludan á nadie, cumplen los bueyes mejor sus deberes en el pesebre, que el domine en la escuela. Si los labradores saludan á los señores inclinándose hasta la tierra ó besándoles las manos, señal de que hay algun tiranuelo en la poblacion, y si este no te pilla entre sus garras, de seguro te han de engañar sus esclavos.

Para saber si una poblacion es grande ó chica, no hay necesidad de dar vuelta á la ronda, ni de subirse al campanario. Observa en las calles si se conocen muchas gentes y si se hacen muchas cortesías. Cuantas mas sean las sombreradas, mas pequeño es el pueblo.

Si llegas á pasar por un país con buenas calles de árboles y particularmente frutales, donde no se vean campos baldíos, ni tierras del comun de las que nadie se aproveche porque pertenecen á todos; en donde se acoge cordialmente á los forasteros; en donde los mendigos no obstruyen las plazas; donde las escuelas y los hospitales sean los edificios mas elegantes, allí puedes detenerte, hijo mio; has llegado á un país habitado por gente honrada, de buena cabeza y con su corazon bien puesto.

Si por el contrario ves muchas chozas miserables agrupadas alrededor de un magnífico castillo, pasa y no te detengas ni un instante porque allí se llora amenuado.

Desconfía de aquellos sitios en que se arregla todo al final de una comida, ó en que no pasa una noche de invierno sin jugar á los naipes. No debe ser el estómago quien mande á la cabeza.

Para que todo marche bien en un país, no es necesario que la autoridad se ocupe demasiado de las pequeñas cosas, porque entonces es prueba de que descuida las cosas grandes.

Aun cuando no te lo haya dicho todo, basta con esto para que sepas poco mas ó menos sobre qué es lo que has de parar tu atencion.

Sigue mis consejos. Pregunta mucho, responde claramente y en pocas palabras: fingete mas ignorante de lo que eres en realidad, para que todos se complazcan en instruirte.

Elogia todo lo que te parezca bueno; pero no critiques lo que te parezca ridículo; este es el modo de captarse las voluntades.

Durante todo tu viaje procura ser laborioso, sobrio, piadoso, discreto, modesto, perseverante; da pruebas de valor cuando llegué el caso, y al volver á tu casa serás querido y estimado de todos.

RECUERDOS DE UN MEDICO INGLES

EN MARRUECOS.

(1789-1790).

(CONTINUACION).

»Habiendo atravesado el Atlas en el mes de diciembre, pude hacer muy pocas observaciones acerca de sus árboles y plantas. En la primavera abunda en producciones muy curiosas, y el botánico pudiera reunir allí una de las colecciones mas ricas del mundo.

»Abundan tambien allí las minas de hierro; los moros aseguran que tambien las hay de oro; pero de esto no tengo certidumbre alguna. Si hemos de atenernos á los rumores populares, han existido asimismo volcanes en actividad, en diferentes épocas. Si es cierto que en las regiones del Atlas se esconden minerales preciosos, bien puede asegurarse que permanecerán sin explotacion mientras el Imperio de Marruecos esté habitado por un pueblo indolente y haragan.»

El Atlas está lleno de leones, tigres, lobos, jabalíes y serpientes monstruosas; pero estas fieras no abandonan

sus guaridas sino cuando el hambre las hostiga, en cuyo caso bajan á los valles en busca de una presa: esto sucede en los inviernos muy duros. No obstante, no siempre esperan el mal tiempo para esparcir la alarma por el país. Lemprieres vió matar un enorme tigre en el mes de diciembre, muy cerca de Tarudante. Los árabes alejan estos terribles vecinos, encendiendo de noche grandes hogueras. A su paso por el Atlas, Lemprieres vió algunas águilas de extraordinaria magnitud, que posaban sobre lugares inaccesibles. Cuando se mira atentamente aquellas masas de peñascos suspendidas en el aire á una altura prodigiosa, témese á cada momento que se desplomen con pavoroso estruendo.

El bosque de Orga, que se recorre cuando se viaja por el Atlas, presenta el aspecto mas agradable, merced á la variedad de su vegetacion, en la que gratamente descansa la vista, cansada de la esterilidad del resto de las montañas del país, porque los valles y las llanuras ofrecen un aspecto del todo diferente: allí se encuentran jardines llenos de árboles frutales, y cubiertos de verdor en diciembre. Cuando Lemprieres pasó por aquellos lugares en la estacion mas rigurosa del año, la temperatura en aquellos valles y llanuras deliciosas era tan benigna, que multitud de pajarillos hacia oír sus alegres gorjeos sobre el naranjo y el olivo, como en los hermosos dias de la primavera, y el agua mas cristalina, cayendo en cascadas desde las crestas de las montañas, se derramaba por las campiñas, para fertilizarlas y embellecerlas. Este espectáculo de una eterna primavera, sucediendo casi inmediatamente á horriblos desiertos y áridos precipicios, era muy á propósito para exaltar la imaginacion mas fria.

Algunas cabañas próximas unas á otras, forman las aldeas de la montaña, que están habitadas por una especie de hombres diferentes de los moros y los árabes; estos hombres, que ya hemos citado, se llaman *Brebes*, y son los verdaderos naturales del país, que en la época de su conquista por los moros, huyeron á las montañas, donde han conservado siempre su independencia. Cada aldea está bajo el gobierno de un *saike*, como los campamentos árabes. Los *Brebes* eligen el jefe de su respectiva aldea, al paso que el de los campamentos árabes es de nombramiento imperial.

Los *Brebes* son muy robustos, y tienen las facciones muy pronunciadas; son hombres sufridos y avezados á la fatiga, y pocas veces cambian de lugar. Aféitanse la parte superior de la cabeza, y se dejan crecer los cabellos en la posterior. No usan camisas ni pantalones; una especie de túnica de lana sin mangas, ceñida con un ancho cinturón, constituye su vestido. Los *Brebes* no conocen mas pasatiempo que la caza, pues manejan perfectamente un fusil y son excelentes tiradores. Para mostrar su destreza, arrojan al aire su arma con todas sus fuerzas, y la cogen al caer, con gran agilidad. En su fusil concentran todos sus afectos, y emplean gustosos, siempre que pueden, sesenta ú ochenta ducados en engastarlo en plata y marfil.

Su principal ocupacion, despues de la caza, es el cultivo de sus valles y el cuidado de sus rebaños; hacen, ademas, un gran comercio de pieles, especialmente desde que estas han adquirido cierto valor en Europa.

Los *Brebes* tienen sus mercados, á los que acuden á vender sus rebaños y cambiar sus mercancías. Se han asociado á la religion y las costumbres de los moros, pero han conservado su antigua habla; asi es que los moros se ven obligados á recurrir á intérpretes, en su tráfico con ellos. Hay *Brebes* que viven en estado salvaje y habitan en las cavernas de las montañas. Esta raza es bastante numerosa para causar una constante inquietud al gobierno. Estos pueblos acceden ó se niegan á pagar los tributos que se les imponen, segun su voluntad. Pocos años antes, á consecuencia de una insurreccion que estalló entre ellos, el emperador habia enviado un ejército para someterlos, pero no pudo compelerlos al pago de las contribuciones; todo lo que consiguió fue dispersarlos. En aquellas montañas, un ejército es del todo impotente, pues tiene que habérselas con gentes acostumbradas á trepar con gran ligereza por peñascos inaccesibles, que les ponen fuera del alcance de la persecucion de los soldados.

Como los judíos penetran en todas partes, han construido tambien algunas aldeas en el Atlas, donde se entregan á obras menudas de mecánica útiles á los *Brebes*, y en las cuales estos les obligan á trabajar. En ninguna parte del mundo están los judíos tan esparcidos como en Berbería; y sin embargo, en ninguna se ven tan oprimidos.

La vista del Atlas consoló un poco á nuestro observador, de los trabajos que hasta entonces habia sufrido; en efecto, aquellas masas enormes, que parecia perderse en el firmamento; aquellos precipicios á manera de abismos sin fondo; aquellos numerosos rebaños de carneros, de machos cabríos y cabras, que desde el fondo de los valles trepaban por montañas cortadas á pico, en busca de alimento; aquella cubierta de verdor que tan singularmente resaltaba sobre la esterilidad que en derredor se estendia: todos estos contrastes tan pintorescos formaban uno de esos raros y magníficos espectáculos que desligan el alma de los lazos de la materia, y la hacen volar por las superiores regiones de desconocidos mundos.

El 7 de diciembre Lemprieres se despidió por última



ESPIGARDA QUE USABA MULEY-ABBAS CUANDO ERA NIÑO, ENVIADA POR CONDUCTO DEL GENERAL DON ENRIQUE O'DONNELL A SU ALTEZA REAL EL PRINCIPE DE ASTURIAS.

vez de las montañas y valles, para adelantarse por la vasta planicie en que está situada la ciudad de Marruecos, á dia y medio de camino; y el 8 del espresado mes, á mediodía, entró en la capital del Imperio, despues de un viaje de ciento veinte y cinco millas. Alojose en el barrio de los judíos en una habitacion bastante regular, no dudando que el emperador, al tener noticia de su llegada, le enviaria la orden de presentarse; pero tuvo todo el tiempo que quiso tomarse, para prepararse á esta visita. En la impaciencia que le causaba una espera larga y enojosa, se preguntaba muchas veces á sí mismo la causa ó razon que habia movido al emperador á hacerle salir con tanta precipitacion de Tarudante, para olvidarse de él, asi que se puso á sus órdenes.

En el barrio de los judíos habia un convento de religiosos españoles establecidos allí hacia muchos siglos, para el rescate de cautivos; estos religiosos hicieron al doctor todos los ofrecimientos de servicios posibles, pues le consideraban como á un compañero, porque ellos tambien cuidaban gratuitamente á los enfermos marroquíes, á los cuales prescribían y daban los recursos farmacéuticos que necesitaban. Las relaciones entre aquellos religiosos y el médico británico no llegaron á ser tan íntimas como sin duda lo hubieran sido en otro caso, á causa de la dificultad de entenderse reciprocamente, pues unos ignoraban el inglés, al paso que el otro ignoraba el español. Lemprieres hace grandes elogios de aquellos religiosos, condenados por la mision que voluntariamente se habian impuesto, á pasar su vida en aquel país, á merced del capricho del bárbaro dueño que les hacia sufrir las mas duras humillaciones, y que ademas se encargaban de dar alguna instruccion á los hijos de los desgraciados.

Esperando á que el emperador le llamase, el doctor se entretenia en visitar los diferentes barrios de la ciudad; pero esta curiosidad tan natural le esponia continuamente á las injurias del populacho. Vamos á trasladar aquí sus observaciones acerca de Marruecos, tal como era en su tiempo.

Esta capital está á ciento veinte y cinco millas al Norte de Tarudante, á noventa al Oriente de Mogador, y á trescientas cincuenta al Mediodía de Tánger. Está situada en una hermosa llanura limitada por una cadena de montañas de mediana elevacion; y hacia el Mediodía y el Oriente se ven alzarse á veinte millas de distancia, las gigantescas cumbres del Atlas. Las inmediaciones de Marruecos están bien cultivadas, y hay en ellas estensas plantaciones de palmeras y de toda clase de arbustos, en tanto que muchos arroyuelos que bajan de las montañas, riegan y fertilizan la llanura. A cinco millas al Mediodía de la ciudad, hay un vasto jardin cubierto de olivos, que el emperador hace cultivar con gran esmero, porque es un lugar de paseo muy agradable.

Aunque Marruecos es la mayor de las capitales del Imperio,—las otras dos son Fez y Mequinez,—nada, sin embargo, presenta de notable sino la estension y el palacio imperial. Una gruesa muralla la rodea en una circunferencia de unas ocho millas; este recinto está flanqueado por robustas torres cuadradas, y rodeado de un ancho foso. Marruecos no tiene un solo cañon montado sobre cureña; y sus puertas, que por lo regular se cierran todas las noches, están formadas de grandes arcos de estilo gótico.

La poligamia, permitida por la religion de Mahoma, impide que se pueda calcular exactamente la poblacion de esta ciudad. Despues del palacio imperial, las mezquitas son los únicos edificios públicos de que puede hablarse, aunque realmente nada tienen de magnífico. Solo una es de piedra, y tiene una torre muy alta que se descubre á larga distancia de la poblacion. A semejanza de las calles de la mayor parte de las ciudades del Oriente y de Africa, las de Marruecos son estrechas, sucias y mal alineadas. A cada paso se encuentran casas abandonadas y ruinosas. Las de mejor aspecto son de *taby*, y están rodeadas de jardines.

Lemprieres pudo advertir que la casa del effendi ó primer ministro, muy superior á todos los edificios de arquitectura moruna, era una de las mas hermosas de Marruecos; tenia dos pisos, contra la costumbre del país, y las habitaciones, dispuestas con gusto, daban, en el piso bajo, á un patio cubierto de ladrillos blancos y azules, y en cuyo centro manaba una bellísima fuente. Un largo

balcon, adornado con una balastrada pintada de muchos colores, adornaba el primer piso, y á él daban salida todas las habitaciones. Baños calientes y frios reunian en esta vivienda todo cuanto en materia de comodidades y recreo puede apetecerse.

Una dilatada galeria de forma abovedada, muy estrecha y pavimentada de azulejos de diferentes colores, conducia á un gran pabellon levantado en los jardines del ministro; el fondo de este pabellon era todo de espejos. Ricos tapices, hermosos espejos y relojes de gran valor adornaban todas las habitaciones; los techos estaban pintados. Esto era, en tiempo de Lemprieres, lo único que podia atraer la atencion del viajero, en medio de una gran ciudad, pero miserable y desierta, relativamente á su estension.

La *Elcaisseria* es el barrio en que se venden los ricos géneros y todas las mercancías preciosas. Las tiendas están abiertas en la pared y dan á la calle. El mercader, sentado con las piernas cruzadas, tiene todas las mercancías al alcance de su mano y las coge sin cambiar de posicion, mientras el comprador permanece en pié en la calle. Estas tiendas son, como se ve, verdaderos nichos, como todas las que se encuentran en las ciudades de Marruecos; su mera descripcion basta para hacer formar una idea de la indolencia de los moros.

Hay tres mercados diarios en diferentes barrios, y dos ferias semanales para los ganados y caballos, siendo las reglas á que se ajusta su venta, las mismas que en Tarudante. El agua de las fuentes se distribuye por la ciudad al través de conductos de madera.

El palacio del emperador es inmenso, pero se halla en mal estado; sus muros abrazan un espacio de cerca de tres millas de circuito, dentro del cual hay una mezquita edificada por Muley Abdallah, padre de Sidi-Mohamed. Sobre esta mezquita hay tres voluminosas bolas, que, segun se dice, son de oro macizo; pero como á nadie se permite subir á la torre donde están colocadas, es preciso creer sobre su palabra á los que cuentan tales fábulas.

Atendida su inmensa estension, el palacio es por sí solo una ciudad; todos los que desempeñan cargos públicos y empleos en la corte viven en él; el *alcade* ó intendente que en él manda, es independiente del gobernador de la ciudad. Fuera del recinto del palacio, entre la ciudad y el barrio de los judíos, álzanse en el centro de los jardines interiores, muchos espaciosos pabellones destinados á servir de habitacion á los hermanos ó los hijos del emperador, cuando van á pasar algunas temporadas en Marruecos. El techo de estos pabellones es de tejas pintadas, lo que les da á cierta distancia un aspecto de elegancia y buen gusto que pierden cuando se les mira de cerca.

Los judíos, que en Marruecos son muy numerosos, habitan un barrio separado, á las órdenes de un magistrado nombrado por el emperador, y que falla en todos sus litigios. A las nueve de la noche ciérranse las dos puertas de este barrio, y hasta el dia siguiente á nadie se permite la entrada ni la salida.

«Los judíos, dice Lemprieres, tienen un mercado particular, y cuando salen de su barrio para ir al de los moros, ó para entrar en el palacio, se ven obligados, como en Tarudante, á ir descalzos.

«La nacion judía paga al emperador una contribucion anual proporcionada á su poblacion; pero se agrava de un modo extraordinario con impuestos arbitrarios.

«Hay judíos en todo el Imperio, al que se refugieron en épocas en que las persecuciones religiosas los espulsaron de España y Portugal. Muchos están establecidos en los campos, y pueblan, como ya se ha dicho, las fragosidades del Atlas.

«En todas partes se les trata como á seres de naturaleza inferior. En Berbería se ven mas oprimidos; y no obstante, sin ellos no habria industria, ni conocimientos de ningun género, y hasta se viviria con mucha dificultad en el país. Ellos son los únicos que trabajan con inteligencia, á ellos está confiada la direccion de todos los negocios pecuniarios y mercantiles, sin que se les permita intervenir en el manejo de los negocios públicos. Ellos entienden ademas en el cambio de las monedas.

«A pesar de todos los servicios que hacen á los moros, estos los tratan peor que á sus animales. Yo los he visto maltratar hasta el punto de temer que espirasen bajo los

golpes. Sus quejas son inútiles, y como no esperan obtener justicia alguna, se vengan de la opresion en que gimen, engañando cuanto pueden á sus opresores; así es que á consecuencia de las injustas persecuciones, casi todos son hombres sin principios ni probidad.

«En casi todo el Imperio los judíos viven separados de los moros, y disfrutan del libre ejercicio de su religion. Algunos abandonan el judaismo por la fe de Mahoma, sin otro móvil que la esperanza de ser menos maltratados. Estos apóstatas gozan de todos los privilegios de los fieles creyentes, pero por lo regular son objeto del desprecio.

«Los judíos hablan bastante bien el español en los puertos de mar, especialmente en Tetuan y Tánger; en Marruecos, Tarudante y todas las demás ciudades del interior solo se entienden el árabe y un poco el hebreo. Sus costumbres son las mismas que las de los moros, de los que solo se diferencian en los ritos religiosos, que siguen con mas supersticion que los judíos europeos. Su traje es tambien igual al de aquellos, pero el color es siempre negro, hasta en el gorro y las sandalias, y reemplazan el *haick* moruno por una especie de manto de lana negra, al que dan el nombre de *alberoce*.

«No pueden salir del país sin autorizacion del emperador; tampoco pueden usar armas ni montar á caballo, pues solo se les permite cabalgar en mulas. Los moros creen que el caballo es un animal demasiado noble para ser montado por semejantes infieles.

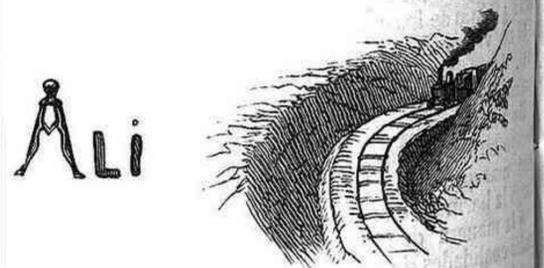
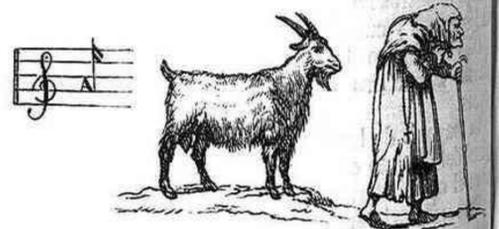
«El vestido de las judías algo acomodadas, consiste en una camisa de lienzo fino, cuyas holgadas mangas llegan al suelo cuando no están levantadas; encima de la camisa llevan un *castan*, especie de túnica muy cumplida, de paño ó terciopelo, plegada por bajo del talle, y que cubre todo el cuerpo, á escepcion del cuello y del pecho. Las judías de Marruecos esmeran un poco mas su traje que las de las restantes ciudades, y usan bordados de oro en el borde de su *castan*. Debajo de este usan el *geralditor*, ó corpiño de un hermoso paño verde, bordado por lo regular de oro en su parte inferior, y ajustado á la cintura por un ancho ceñidor de seda y oro que hace resaltar el talle, y cuyas extremidades cuelgan airosamente por detrás. Las casadas salen siempre cubiertas con su *haick*.

(Se continuará.)

Geroglífico.

SOLUCION DEL ANTERIOR.

Al enfermo cura el tiempo y lo achacan al ungüento.



La solucion en el número próximo.

DIRECTOR, D. J. GASPAR.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSE ROIG.—IMP. DE GASPAR Y HEREDIA.
EDITORES. MADRID: PRINCIPE, 4. 1860.